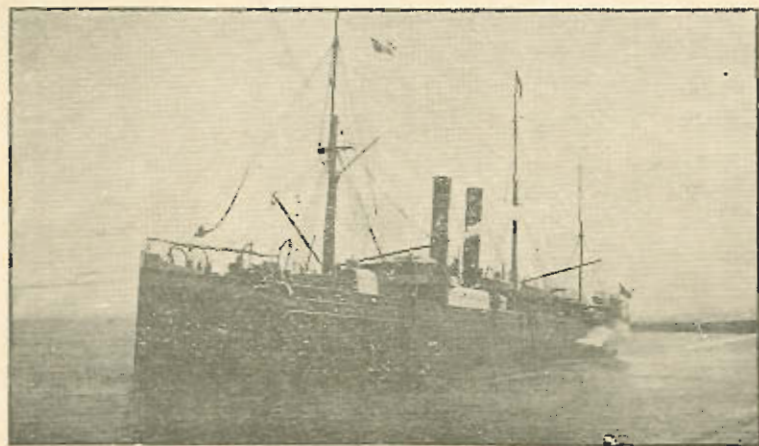




UNITED FRUIT COMPANY

LÍNEA DE VAPORES



La United Fruit Co. ofrece á sus favorecedores un servicio sin rival entre Puerto Limón y los puntos que abajo se expresan:

Vapores Cartago, Parismina y Heredia

de 5000 toneladas cada uno, harán un servicio de cabotaje así:— Entre Limón y Bocas del Toro, Panamá, todos los martes á las 9 p. m.— Entre Limón y New Orleans, con escala en Puerto Barrios, Guatemala, y Belize, Honduras, cada viernes en la noche.

Vapores Limón, San José y España

de 3300 toneladas cada uno. Servicio semanal entre Limón y Boston. Salen de Limón los domingos en la madrugada.

OJO! Los pasajeros deben presentarse ante el Cónsul Americano en San José CINCO días consecutivos antes de embarcarse para NEW ORLEANS ó MOBILE á fin de obtener una constancia de haber permanecido en estos lugares durante dichos cinco días.

Además, todo pasajero debe presentarse en la oficina del representante del servicio de cuarentena de los Estados Unidos en PUERTO LIMÓN antes de embarcarse.

Para más informas, diríjase á las oficinas de la United Fruit Co., en San José ó Limón, y á los señores Sasso y Pirie, Sub-Agentes, San José.

E. J. HITCHCOCK, Administrador

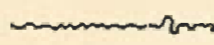
San José, 30 de Octubre 1910

Páginas Ilustradas

REVISTA SEMANAL

Fundador propietario PRÓSPERO CALDERÓN H.

Editor y Administrador FRANCISCO CALDERÓN H.

Postal 

A la novia de Tajaljit

Yo sé que tu rostro la aurora
Bañó de arrebol,
Por eso tu frente de virgen
Lleva halos de sol;
Que tienes los ojos muy negros,
Sedeña la tez,
Que ostentas un torso de diosa
Y helena esbeltez.
Te cantan las brisas del trópico
Un himno triunfal,
Y el ave se torna á tu paso
Laúd de cristal.
Ofrendo mi estrofa á tus plantas
Cual pobre laurel
Y copie tu cuerpo de diosa,
En mármol de Paros, el griego cincel.

Lumen

Aspectos costeños

(Para un hermano mío, al que no he podido contestar sus cartas)

Limón, octubre de 1910.

Un prodigio, la *typewriter*. . . .

Inclinado sobre ella estoy, hermano, para escribirte; pero no sé lo que te voy a escribir. Pienso. . . .

Pluma, estás vencida: la máquina que ogaño rompe el silencio de los despachos, diligente en el escritorio, te ha vencido. . . .

Pero aun no hay máquina que te sustituya. Pensamiento. Todavía no hay aparatos que os reemplacen, oh vosotros el Sentimiento y el Ingenio! ¡Y sois vosotros los que ahora me haríais falta si quisiera expresar lo que veo, y lo que siento, y lo que pienso. . . .

Y no es que esté yo padeciendo la *divina* enfermedad de los poetas. No, hermano: sigue siendo normal la salud de mi inteligencia, y en mi condición de hombre sigo siendo criatura animal de las que van de pié alcanzando con la frente la rara altura del sentido común. Nada *divino* alcanzo. . . .

Pero es excelso lo que ahora miro por una puerta que á mi frente se abre hacia el mar; y es excelso lo que siento y lo que pienso, y lo que quiero. . . .

La imaginación más ardorosa, ni la más genial inspiración producirían en la femenina concepción de los poetas el prodigio que dentro de mí cumple la soberbia grandeza de los dos inmensos espacios azules que bajo la influencia conturbadora de esta noche excepcional, y como sobre un regazo dulcísimo é inconmensurable, aparecen ahora tendidos infinitamente en la misericordiosa luz de una roja y muy grande y muy bella luna.

Hermano: un lienzo y un pincel gigantes, y la diestra habilísima y el portentoso ingenio de los intérpretes que antaño hubo para el secreto del color y de la línea, son los que ahora necesito para expresar cuanto veo y pienso y siento.

Alzo la frente de sobre la máquina y miro el mar tendido desde treinta pasos distante de mis pies y hasta donde la vista no alcanza. Arriba, naturalmente, el cielo; pero un cielo que no es natural: un cielo que debe haber sido pintado especialmente para esta luna, y que lo estrema esta noche para que prendido de él luzca en ella dignamente el rojo, el grande, el bellissimo globo luminoso que ya há rato

alumbra lujosamente los espacios y cuyos fulgores maravillosos caen sobre los abismos haciéndolos refulgir.

Y flotando en todo, bajo la impasible inmensidad del cielo y sobre la inmensidad reverberante del océano, una misteriosa apasibilidad que llena de dulzor los sentidos y que abraza el alma como en un acariciamiento definitivo. supremo. . . .

Entre tanto, un susurro inacabable y tierno canta en el rozarse de las olas, igual que si ellas fueran palpitaciones, igual que si fueran suspiros de un pecho inmenso y armonioso que palpita y que suspira entre las aguas. . . .

De rato á rato un tumbo, como un suspiro más honda, como una palpitación más fuerte, levanta su voz en el cantar de las olas y vibra en la sonora concavidad del espacio, tal que si una queja inmensa se alzara del gigante seno hasta la faz impávida de la luna. . . .

Aquí y allí, en el faro, en los barcos, en los muelles, en todo lo que cae sobre la orilla ó que está en el mar, los focos de la luz que hacen los hombres, brillan como chispas sin objeto en la soberbia iluminación de la noche. . . .

Del lejano extremo, donde la fimbria espumosa de las nubes parece sumergirse entre la espuma de las hondas, la brisa viene agitando sus alas de seda, sus galas de fiesta, y llega y pasa acariciándolo todo y poniendo en las banderas, y en los árboles, y en los rostros un toque de cariño inefable que las cosas y las almas acogen con estremecimientos de dicha. . . .

En el ambiente hay sabores de vida, y uno como recogimiento soberano de la Naturaleza parece guardar la solemnidad de la primera noche, la noche del día eterno de la creación. . . .

Hermano: es un prodigio la *typewriter*. Inclinado sobre ella sigo para escribirte. . . . Pero son un lienzo y un pincel gigantes, y la diestra habilísima y el portentoso ingenio de los intérpretes que antaño hubo para los secretos del color y de la línea los que ahora me hacen falta para expresar cuanto miro y cuanto siento.

La *typewriter* no me sirve.

XUAN MANOLÍN



Los Ojos



I

OJOS VERDES

Ojos que nunca me veis
por recelo ó por decoro,
ojos de esmeralda y oro
fuerza es que me contempléis,
quiero que me consoléis
hermosos ojos que adoro:
estoy triste y os imploro
puesta en tierra la rodilla,
piedad para el que se humilla
ojos de esmeralda y oro.

Ojos en que reverbera
la estrella crepuscular,
ojos verdes como el mar,
como el mar por la ribera,
ojos de lumbre hechicera
que ignoráis lo que es llorar,
glorificad mi penar!
No me desoléis así!
Tened compasión de mí,
ojos verdes como el mar!

Ojos, cuyo amor anhelo
porque alegran cuanto alcanza,
ojos color de esperanza
con lejanías de cielo,
ojos que á través del velo
radian bienaventuranza,
mi alma á vosotros se lanza
en alas de la embriaguez,
miradme una sola vez
ojos color de esperanza.

Cese ya vuestro desvío,
ojos que dáis congojas,
ojos con aspecto de hojas
empapadas de rocío,
Húmedo esplendor del río
que por esquivo me enojas,
luz, que la del sol sonrojás
y cuyos toques son besos,
derrámame en mí por esos
ojos con aspecto de hojas,

II

OJOS AZULES

Ojos lánguidos y ardientes
que tanto y tanto os admiro,
ojos de oro y de zafiro,
como el mar, fosforescentes:
chispas de sol relucientes
con que el firmamento miro,
sí por vosotros suspiro
con el alma enamorada,
dadme una sola mirada
ojos de oro y de zafiro.

Ojos de ardientes reflejos,
ojos de aurina pestaña,
ojos color de montaña,
contemplada desde lejos,
ojos que soís como espejos
que jamás el llanto empañá,
abismos de luz extraña
que mi espíritu iluminan,
vuestros destellos fascinan,
ojos color de montaña.

Ojos que miro brillar
en mis noches de aflicción,
ojos color de ilusión
que no me queréis mirar,
ojos que hacéis palpar
con violencia el corazón,
no desdeñéis la pasión
que me oprime y me tortura,
y miradme con ternura,
ojos color de ilusión.

Brindadme con vuestro halago,
corresponded á mi anhelo,
ojos que soís como el cielo
reflejado en terso lago;
vuestro mirar es tan vago,
tan hondo mi desconuelo,
que solo pido en mi duelo
para el instante en que muera,
una lágrima sincera,
ojos que soís como el cielo.

S. DÍAZ MIRÓN

México

N. A. SAMPER

Colombia

III

OJOS NEGROS

Ojos negros centellantes
que hieren el corazón;
ojos que dicen pasión
cuando nos miran amantes,
ojos vivos, fulgurantes,
que hacéis nacer la ilusión;
si como los astros son
vuestras laces, refulgentes,
no miréis indiferentes,
ojos que dicen pasión.

Ojos que sois cual la noche
descendiendo sobre el día;
ojos llenos de poesía
de la cual hacéis derroche;
áureo, diamantino broche
de un cielo de Andalucía;
es hora que mi alma ansia
subiendo en nube de rosa,
beber vuestra luz hermosa,
ojos llenos de poesía.

Ojos de tierno mirar,
de una bella hura los ojos;
ojos que al sol dáis enojos
impidiéndole alumbrar;
ojos que tocan á alzar
y nos hacen caer de hinojos,
pues que sois tan lindos ojos
como vuestra dueña amada,
yo os suplico una mirada,
ojos que al sol dáis enojos.

Ojos de un astro fulgor
ó de un ideal enseña,
ojos de indiana trigueña
que alumbró el indiano sol,
himno perenne al amor
cuando el alma amores sueña,
si contáis á vuestra dueña
los pesares de mi duelo,
veré en vosotros el cielo,
ojos de indiana trigueña.

ATILES GARCÍA

IV

OJOS PARDOS

Ojos que esquiváis los míos
por desdén ó por rubor,
ojos de pardo color,
contemplad mis desvarios,
no castigéis mis desvíos,
ojos que dicen "amor,"
concededme ese favor
en mi gran desolación,
miradme por compasión,
ojos de pardo color.

Ojos de virgen preciada
que envidia por un instante,
ojos de obscuro diamante
en diadema nacarada,
dadme una sola mirada
ojos de luz rutilante;
y decídmeme si al amante
á quien turbasteis el alma,
le devolveréis la calma,
ojos de obscuro diamante

Ojos de gris claridad
y que causáis mi desvelo,
ojos pardos como el cielo,
como el cielo en tempestad,
os imploro en mi ansiedad
esa mirada que anhelo
para mi dicha y consuelo
en este inmenso sufrir;
no me dejaréis morir,
ojos pardos como el cielo.

Ya me podéis abrazar
en esa llama que arde,
ojos color de la tarde,
de la tarde al espirar;
quiero matéis mi pesar,
y sin orgullo y alarde,
no permitáis que cobarde
ponga fin á mi existencia,
si no me dáis vuestra esencia,
ojos color de la tarde.

RODRÍGUEZ SANTAELLA



Licenciado don León Fernández

Licenciado don León Fernández

Pronto se erigirá en la ciudad de Alajuela el busto que por contribución nacional han dispuesto levantarle sus amigos y admiradores, al historiador de Costa Rica y benefactor de su ciudad natal.

Don León Fernández creó el primer colegio de Segunda Enseñanza en aquella ciudad; y lo regentó gratuitamente durante mucho tiempo.

Por sus esfuerzos y la primera iniciación que les dió, vinieron á educarse á San José multitud de jóvenes de aquella ciudad, que hallaron siempre en San José de parte de don León, hombre público entonces, apoyo y protección, y son hoy personas notables que ayudan al progreso y engrandecimiento de la nación.

Es debido á ese reconocimiento que la juventud, la primera, inició la idea de la creación de algo que inmortalizara en el mármol la figura de aquél hombre que les fué tan simpático, como más tarde ha venido á ser popular y querida la memoria de aquel otro patricio, don Mauro Fernández, quien tantos bienes hizo por el desenvolvimiento de la juventud de Costa Rica, base del desarrollo futuro de la nación.

Son tan raros los hombres que en los

altos puestos se acuerdan de los pequeños y de los débiles y sobre todo de los niños; y tan pocos los hombres públicos ó particulares de Costa Rica que dejan un rastro útil é imperecedero después de su muerte, que es por ello que la juventud agradecida, siempre noble en sus justos reconocimientos y desinteresada para bien aguilatar las virtudes de los que ya son muertos, evoca á cada momento el recuerdo de hombres como don León y como don Mauro Fernández.

La estatua que pronto se inaugurará en Alajuela, es un homenaje al benefactor de la juventud, y al que tanto se empeñó por dejarle un libro, el único que existe en su género, que la instruyera sobre los orígenes de lo que fué Costa Rica en la época colonial.

Que ello sirva de estímulo al patriotismo costarricense y dé lección á los hijos de este país de que no hay nada más bello y desinteresado, como al morir poder dejar testimonio á las generaciones siguientes de las obras que en el paso por este transitorio mundo, se pueda hacer en bien de él.

METELO

Que suspire, que lllore...

—Vengo del cementerio, amada.

—Has visitado á los muertos?

—No, á los vivos.

—Cuéntame lo que has visto.

—Sobre un montículo de tierra negra crecen espléndidas las margaritas blancas. Las violetas enlaidadas por manos cariñosas riegan sus ánforas de perfume.

Hay en él una cruz de toscos leños donde tuercé la pudreoreja silvestre un collar de trompetas azules. Abrazada á la cruz una niña de diez años deja caer sobre su espalda un crespon de cabellos que ondulan y de sus ojos oscuros, como caríacas líquidas, caen lágrimas.

Vuelan de su pecho suspiros que son volas y sibén por el azul con invisibles alas.

Aroman las flores, canta cerca un yigüirro entre las ramas de un waraujo y el sol entonces con brocha de oro dibuja sus caprichos en el lienzo infinito.

Al lado, silenciosa la mole de un mausoleo con orgullo eleva sus muros altaneros.

No hay margaritas blancas ni violetas que aroman, pero hay flores de rica porcelana.

Sobre la cruz tallada no trepa la pudreoreja azul, ni hay una niña de cabellera ondulanté que suspira y que llora.

Los ángeles de mármol bostezan de frío y el viento que pasa chillá al romperse entre las flores de porcelana.

Oye, amada, cuando yo muera haz que no pongan ángeles de mármol que bostezan de frío ni flores de porcelana que rechinan al viento. Siembra tú con tus manos cariñosas violetas que aromen y pudreorejas que trepen.

Haz que se abraze á mi cruz un ángel de cabellos que ondulen, que suspire, que lllore....

Luis Dobles Segredá

A mi madre

(Desde lejos)

Para Páginas Ilustradas



Cic. Don Fabio Baudrit

Laca

Cic Fabio Baudrit, artista del buen humor y del buen decir.

Un loto de marfil, dos grullas leves
sobre el negro lustroso de una laca,
y una guisita de amor que se destaca
luciendo la blancura de las nieves.

Un bonzo de rabeza calva toda,
de piel amarillenta y trenza ruda,
le dice una oración á un viejo Bodha,
—esfinge de marfil de la pagoda—

La pareja de grullas, en coloquio,
harán su uido bajo el sol más rubio
entre las frondas de un bambú de Tokio.

Feliz asunto del buril preclaro
que de paciencia y nimen, en combio,
fueron luz en el alma de Utamaro.

Lisimaco CHAVARRÍA

I

*Ante mis ojos se levanta airosa
(en mis sueños penosos de amargura)
una imagen risueña y candorosa,
y esa imagen risueña es tu figura.*

*Creo tu imagen contemplar riente
allá en la nube del remoto cielo,
y en el espejo de la clara fuente
y de la huerta en el florido suelo.*

*Porque es más bella que la luna, y bella
como del río las espumas suaves;
más que del cielo la fugaz estrella,
más que del cielo las felices aves.*

*Creo tus pasos escuchar doquiera;
tu voz escucho al escuchar el canto
del platanar y la gentil palmera,
y al escuchar de la torcaz el llanto. . . .*

*¡Cic verso apenas á expresarte alcanza,
madre infeliz, lo que mi pecho siente
al abrigar la fervida esperanza
de unir tu labio con el mío ardiente!*

II

*Hoy que en lejano territorio gimo,
tu amor me falta y tu cariño entiendo,
y aquestos versos con dulzura rimo
para expresarte mi dolor tremendo.*

*"Ni el cielo azul, ni las pintadas flores",
ni los hechizos de la sierra umbria,
consuelan mis quebrantos y dolores,
ni tampoco tu ausencia, madre mía!*

*Porque el recuerdo me tortura el alma,
porque es sensible el corazón humano
y porque pienso—sin placer, sin calma—
en las caricias de tu suave mano. . . .*

*¡Si la distancia nos desune ahora,
si el infortunio nos aleja impio,
mi pecho siempre con pasión te adora
y está muy junto de tu pecho el mío!*

Miguel Ángel CASAL.

Panamá, — 1920.

Resonancias del terruño.

Por Ramón M. Quesada.

Ultimos días de Cartago

VI

Oigamos el sincero relato que la señora Blanco v. de Zavaleta, hace ella misma de lo que le sucedió aquella noche de nuestros recuerdos.

“Después del 13 de abril, dice, mi marido José Zavaleta y yo dispusimos tomar en la sala de la casa a las 5 30 p. m. el té que acostumbábamos a las 8 p. m., para poder así retirarnos más temprano al rancho provisional de otros miembros de la familia. Al anochecer el 1 de mayo, estábamos en el lugar dicho con nuestros hijos Claudia de 7 años y Hernán de 5, y un poco más adentro la sirvienta María Pacheco con un niño, de cuatro meses, en los brazos. Aun no habíamos acabado de reposar nuestra bebida, cuando fuimos sorprendidos por el terrible sacudimiento. Aquello fué instantáneo; como empujados por un resorte, corrimos hacia la puerta de la calle que no distaba ni cinco pasos, yendo adelante Hernán que era sumamente nervioso, y el cual juzgo que cayó fuera de la acera, y después de él todos nosotros.

No acierto a explicarme cómo fué la caída, pero sí cuando me sentí fué en el suelo, completamente aterrada, oyendo gritos desgarradores en mi derredor, y yo misma gritando con todas mis fuerzas, porque la pared del zaguán nos había caído encima. Yo estaba boca abajo, con la mano derecha cerca de la cara, y sobre mi costado izquierdo cayó boca arriba mi esposo. Como me quedaba un poco libre el brazo de ese lado, podía perfectamente pasarle la mano por la espalda y tocar la cabezita de la niña, que estaba casi entre los dos.

José me llamó una cuantas veces por mi nombre, y me preguntó si estaba muy herida, y ambos a la vez no cesábamos de gritar para que nos sacaran de aquel maridío, pero nadie respondía á nuestros lamentos ni á nuestros ruegos.

De los niños no oí más que un grito penetrante de pavor, que aun resuena en mi corazón. Llamé á la niña y como no

me contestó, le acaricié la cabeza, y me dije: ¡Ya está muerta! Como el chiquitín salió tan presto adelante, me imaginé que estaría vivo, en mitad de la calle y aunque le llamaba y no me respondía, abrigué la esperanza de que nada le habría pasado y que se habría ido al rancho de la familia ó á algún otro punto de la vecindad.

A todo ésto, cada vez que oíamos gente repetíamos á grandes voces que viniéran en nuestro auxilio, mas todo era en vano. A alguna persona le oí decir: *espera... ¡ya vienen!* Y nada; guardamos un rato de silencio y oímos que de la casa vecina sacaban primero a una persona, y después á otra, y mientras tanto nosotros agonizábamos por la tardanza en socorrernos.

Habrían pasado unas dos horas en tan terrible angustia, cuando oímos pasos, y, con la fuerza de que eran capaces nuestros cansados pulmones, gritamos nuevamente, que por Dios nos sacaran. Se oían varias personas, tal vez tres ó cuatro, y al llegar frente á la puerta donde nosotros estábamos, comenzaron á encender fósforos.

—¿Qué es? preguntó uno de ellos.

—Un niño, dice el del fósforo, he tropezado con él!

—¡Sí, sí, un niño! repetían los demás, quienes no cesaban de prender fósforos.

—¡Pero está muerto! ¡Pobrecito! repiten en coro.

—¡¡Síguenlo!! les contestamos, es hijo nuestro, y nos lo llevan al rancho de enfrente, de don Santos León H. Aquí estamos otros más aterrados, ayúdennos!

—Sí, ahora volvemos! nos contestaron, y se fueron enseguida, sin hacer nada.

Noté que la voz de mi marido, al dirigirse á aquellos hombres sus angustiosas súplicas, era cada vez más línguía y apagada. Luego le oí quejarse; así permaneció un rato largo, le hablé y no me contestó. Pasé mi mano por su espalda y le repetí mi voz, pero ya no le volví á oír más.

Comprendí que ya había muerto, y me dije: ¡sólo faltó yo! esto no tardará mucho; que se haga la voluntad de Dios! Nada me impresionaba la muerte, sabía que sólo yo faltaba, y resignada esperaba mis últimos momentos. Lo único que deseaba era morir al aire libre, y no bajo aquella pesada masa de escombros. Pero era imposible, mi última esperanza se desvanecía. Las únicas voces humanas que se escuchaban eran la de mi cuñada María y la de su esposo Adolfo Rojas, que con tres hijos y la sirvienta habían corrido la misma suerte que nosotros, con pared de por medio. Como los sacudimientos de la tierra eran tan fuertes y tan seguidos, las maderas y vidrios erugian de un modo horrible, y los cuerpos pesados seguían cayendo con estrépito. Mientras tanto, nuestros cuerpos estaban más y más oprimidos, y apenas me quedaba con acción la mano derecha, con que procuraba medio limpiarme la cara, para quitarme algo que me estorbaba, y que supuse fuera ya el sudor de la muerte, pues á ninguna hora sentí que pudiera tener tan heridas mi cara y mi cabeza.

Resuenan pasos, renace mi esperanza de morir al aire libre y con los auxilios necesarios, y grito á más no poder; pero ó no oían aquellas gentes de Dios, ó no hacían caso; eso no lo sé.

Trascurrió un largo, muy largo rato, y de nuevo oí pasos como de una persona sola. Mi esperanza aun no se había debilitado del todo; quería morir, como dije, al aire libre y con los auxilios que nuestra santa religión ofrece... Grité y repetí mi súplica.

—¡Voy para allá! me contestó una voz varonil; pero grite otra vez para saber dónde está.

—Aquí! aquí! le contesté con voz casi desfallecida.

—Va á esperar un momento, porque yo solo nada puedo hacer, y por allí se oyen más personas aterradas. Como que va viene gente, son dos hombres, ¡alto amigos! vengan en mi ayuda, que urge mucho.

—No podemos, vamos precisados, contestan los transeuntes.

—Cómo! Si no vienen inmediatamente los tiro, soy autoridad!

En medio de mi tribulación bendije aquella voz enérgica que venía en mi auxilio, y comprendí que, intimidados los

pasajeros se acercaban á ayudar á un policial, que era quien los requería.

—Tome U. esta linterna, le dice á uno en tono severo, y vengan pronto.

—¡Tiemblal! ¡Santo Dios! ¡Santo Fuerte! espere, espere...

—Pero ¡qué les va á caer aquí, cobardes, si va todo está caído? Pasen, pasen. Grite, otra vez, señora, para fijar el sitio donde está U.

—Aquí estoy! grité con suprema ansiedad.

Sentí que comenzaban á remover y apartar los escombros, y cuando primeramente me descubrieron la cabeza y pude respirar con libertad, parecía que me hubiesen quitado de encima una montaña.

—¡Pobrecita! ¡Quién es U., señora? dijo el policial.

—Angélica de Zavaleta, le contesté.

—Cómo! La señora de don José?

—Sí señor, la misma.

—Ah! si está U. inconocible, por el lado y por la sangre de que está cubierta su cara.

—Bueno; aquí á mi lado está él, lo sacan también si me hacen el favor.

—Sí señora, con mucho gusto, si está vivo.

Continuaron apartando escombros con las manos, y de pronto se detuvieron.

—Tiemblal! salgamos fuera, mientras pasa, dicen los peones.

—No sean cobardes, esto precisa, la señora va á morir, les replica el jefe. Acercuen la luz; sí, es verdad, aquí está su esposo, pero está muerto, señora.

—Aunque esté muerto, sáquelo, y dos niños más que están aquí, y una sirvienta que está gritando todavía un poco más adentro.

—No señora, su esposo ya murió, y ahora vamos con los vivos que se oyen por ahí.

Cogí la cabeza de José para convencerme de si era ó no cierto lo que se me decía y como ví que no se me engañaba, no sé lo que sentí. Yo le sigo, por dicha; creo que moriré pronto, les dije.

—De veras! esta señora ya no tarda en morir, repiten todos á media voz.

Luego, dos de ellos, con el mayor cuidado me colocaron en la línea férrea, mientras el tercero alumbraba con la linterna. Aquí la dejamos, me dijeron, vamos á socorrer á los otros que gritan. No muy tardado estaban allí con Adolfo, el

esposo de mi cuñada María. Por último, sacaron a mi cocinera, muy herida pero con la niña sana.

—Aquí los dejamos, mientras amanece: porque hay que ir a atender a otras víctimas. Son pasadas las doce.

—No, no, les contestamos a la vez. Llévennos a ese rancho de en frente, allí tenemos familia; y añadí, sí, llévenme pronto, porque siento gran frío y además está lloviendo mucho, es una caridad! Traiganme agua, porque me muero de sed!

El policial previsor sacó una media botella de vino y me ofreció un poquito para reanimarme.

—Está bien, vamos a llevarlos, repuso.

En ese momento salían a nuestro encuentro don Santos y mi cuñada Luisa, quienes indicaron la senda que se podía seguir entre los escombros para llegar al rancho. Me colocaron en una cama, luego trajeron a Adolfo, y por último a mi sirviente con su niña. Allí fui atendida esmeradamente por la familia que pasó el resto de la noche poniéndome paños en las heridas. Mi suegra que vivía un poco retirada, y que ignoraba nuestra situación, llegó en la mañana. En seguida llegó mi cuñado don Ramón M. Quesada, y todos ellos lo mismo que el profesor don Alberto Brenes se disputaban mi curación. Don Ramón al ver el estado en que me encontraba, inmediatamente salió en busca de médicos, y a poco rato volvió con el Dr. don Elías Rojas, quien ordenó que me pasaran al kiosko para hacerme las primeras curas y de allí conducirme al Hospital de San Juan de Dios de San José. Yo no pude ver, después de desaterrados, a ninguno de mi casa, y sólo supe que el apreciable caballero don Juan Brenes A. se encargó de recoger los cadáveres y darles cristiana sepultura. ¡Dios se lo pague!

Hasta el Hospital me acompañó mi sobrina Evangelina Quesada Blanco, y puedo decir que la travesía de Cartago a San José, se me hizo eterna por los dolores que sentía, por la incomodidad y por los ayes de los otros heridos que iban en el mismo tren. Llegué a las 9 p. m. al Hospital, donde fui recibida con maternal solícitud por la ejemplar y virtuosa Hermana Sor Vicenta, la cual me hizo conducir a uno de los salones de cirugía. Los doctores Pupo y Cordero, desde el momento que me vieron, aunque no dieron

esperanzas de vida, se tomaron el más alto y humanitario empeño por salvarme, y hoy, después de cuatro meses de asistencia médica, puedo decir que gracias a Dios y al poder de la ciencia, lo mismo que al generoso desprendimiento de todas las personas caritativas que se han interesado por mi desgracia, y para quienes mi gratitud será eterna, puedo contarme entre los sobrevivientes de la destruida ciudad de Cartago»



Ing. don Enrique Jiménez Núñez,
Actual Subsecretario de Fomento

Bibliográficas Séptimarias

Por muy natural y lógica ley de la influencia personal— aunque dentro del mismo círculo de acción y por los mismos rumbos que el desarrollo de su programa indican —nuestra Revista comienza una época nueva é inicia con el vigor de los comienzos y del entusiasmo sincero una labor nueva, bajo la égida del talento y del alma batalladora de nuestro Director de hoy, y nuestro editor de antes, sin que en todos los esfuerzos de unos y de otros se olvide el ejemplo heroico de aquel gran entusiasta de la cultura y amador del arte que es Próspero Calderón, el fundador de estas hojas literarias.

En una perspectiva de amplitud inmensa, muchos baluartes por vencer y tantas rosas que vendimiar para mañana ofrecen

á nuestra vista, nuestros empeños futuros vistos desde la torre de los empeños realizados. No somos un fracaso, ni el pesimismo nos apoca; nuestras manos no han sabido de las cosechas ubérrimas del utilitarismo pero hemos de confesar que no ha sido infructuosa nuestra labor y que las grandes brechas que en sociedades y centros extranjeros ha abierto al pensamiento patrio nuestra Revista, nos ofrece el alentador monto de la recompensa en las fragantes manifestaciones de aplauso que las columnas de nuestros caros nos traen mensajeros fraternales!

De aquí y de allá como de uno y otro rosal recogemos para nuestra gavilla íntima, las espigas doradas que en nuestramesta contestina guardamos.

Entre ellos: *El Figaro* de la Habana—ilustrado con lujo y gusto, fiel á la actualidad y con texto selecto, *Guayaquil Artístico* en progreso diario y ya figurando en primera línea, el ecléctico y constante *Mes Literario*, las delicadas y exquisitas *Bohemia* que Bianchi dirige en Buenos Aires, *La Semana* que Fernández Ríos publica en Montevideo y los noveles *Oasis* de la Haría, *Luz* de Santa Clara (Cuba) y otras muchas del Sur.

De acá de nuestras hermanas repúblicas, agradecemos también la visita de la lujosísima *Electra*—de Guatemala, de *Centro América Intelectual* y *En Serio y en Broun* del Salvador y algunas revistas profesionales. De igual manera somos deudores de gratitud inmensa para nuestros amigos de ultramar. *La Illustration*, parisiña; *La Revista*, de Alicante; *La Ilustración Ibero-Americana*, de Madrid; *El Comercio*, de Barcelona y *Poesía*, de Milán, también ocupan selecto sitio en nuestra abundante mesa de lectura y recibirán nuestra cordialidad recíproca en el canje de PÁGINAS ILUSTRADAS.

No hemos de poner en estos párrafos de revista el punto final, sin una frase de reconocimiento para los poetas y literatos que en torno á Marinetti, el poeta de *La Conquista de las estrellas* y de *El Rey Bombante*, higuieron el estandarte de sus ideales audaces y de sus rebeldías *nitscheanas*, proclamando el supremo derecho de su libertad lírica y el poder imperial de su fantasía, allá en la preciosa Milán girón



PARÍS — EL PANTEÓN

de la patria italiana ó Facarna le futurista *Revolveratte*—*Aeroplani* y otros volúmenes de verso futurista y prosa altisonante, de Marinetti, Pantio, Barchini y otros han deleitado nuestro espíritu con sus exquisiteces y sus innovaciones líricas. En nuestras ediciones próximas en desarrollo de un propósito bibliográfico y ecléctico y amplio nos proponemos enlazar al pensamiento de ultramar el pensar americano, por medio de un constante intercambio de manifestaciones artísticas. PÁGINAS ILUSTRADAS ofrece el asilo entusiasta de sus columnas al pensamiento extranjero y será á la vez un eco del triunfo de patrios y extraños empeños.

El Libro de los Símbolos.—Solón Argüello, el poeta nicaraguense radicado desde hace algunos meses en la República Mexicana, nos envía cariñosamente dedicado su último libro de versos con cuyo nombre encabezamos esta nota. Tanto esta, como su obra anterior, *El Grito de las Islas*, ha merecido de la crítica y del público que lee la aprobación y el aplauso alentador. Al poeta Argüello damos por este medio la expresión cordialísima de nuestro agradecimiento, á la vez que prometemos á nuestros lectores algunas de las hermosas poesías que integran el texto de *El libro de los Símbolos*.

Los dramas del hogar

I.—Señorita: Usted me ha cautivado con su hermosura y aspiró á obtener su mano, aunque tenga que realizar los mayores sacrificios. Soy huérfano y tengo una tienda de plumas de acero y papel secante en la calle del Olivo. Si usted me autoriza, me presentaré á su mamá para pedirle que no ahogue este amor que me enajena; tiene escrita en la cara la bondad de su corazón y espero que reconocerá la rectitud de mis intenciones.

Queda esperando la respuesta su afectísimo y pasionario servidor, q. b. s. p.,—*Gumersindo Percebe*.

II.—Señorita: Su carta de usted ha llenado de júbilo mi corazón. Dice usted que espere; esperaré, sí, esperaré resignado y rendido de amor. Cada vez me parece más simpática su mamá de usted. B. s. p.—*G. Percebe*.

III.—No puedo expresar á usted mi alegría. Al escuchar de sus labios el «sí» que tanto ansiaba, he creído morir de placer. Desde anoche soy el hombre más feliz de la tierra. ¡Qué hermosa estaba usted! Qué buena acogida me ha dispensado su mamá! Dios la bendiga!—*Gumersindo*.

IV.—No tienes razón para quejarte. Si he hablado con Dolores en la tertulia de las de Cadeneta, fué porque me habíais cargado un cuadernillo de papel de barbas para copiar un drama que está escribiendo con destino al teatro de Recoletos. Tu mamá me ha dado la razón, puesto que ayer mismo, cuando me rechazabas furiosa, ella buscaba argumentos para disculparme y convencerme.

Si algún día llego á llamarme tu esposo, la amaré á ella como á mi segunda madre.—*G.*

V.—Vida mía: Veo que te has convencido de mi inocencia y que me devuelves tu cariño.

Esta mañana, cuando pasabas por delante de la tienda, no pude salir porque estaba vendiéndole un frasco de tinta á una teniente coronela cubana que tiene á su esposo destacado en Leganés y le escribe todos los días. Lo más que dura un frasco es semana y media.

Dale muchas memorias á tu excelente mamá y hasta la noche.—*Sindo*.

VI.—Cielin: Hoy no podré ir á verte, porque desde que se me ha caído sobre la

nuca la caja de los lapiceros estoy medio atontado. Gracias á la cataplasma de zargatona y rinda que me recetó tu mamá, he podido dormir esta noche algunos ratos; pero continúa el mal sabor de la boca y la desazón en el tubo digestivo.

Hasta la semana próxima, lo menos, no podrá verificarse nuestro matrimonio; los días me parecen siglos. Adiós, preciosa acuérdate mucho de tu—*Sindin*.

VII.—Pascuala de mi corazón: Esta es mi última noche de soltero, y antes de meterme en la cama quiero dirigirme á ti para decirte que te adoro. Acabo de tener un disgusto con el barbero, porque en un momento de descuido me ha afeitado la perilla; pero me la volveré á dejar ya que tanto te gusta.

Voy á ser el más feliz de los hombres teniéndote á ti por esposa y á doña Genoveva por madre. Hasta mañana.—*Gumersindo*.

VIII.—Querida esposa: Ya que la enfermedad de mi tío me obliga á salir de Madrid cuando no han transcurrido cuarenta y ocho horas de nuestro feliz enlace, no quiero dejar de decirte desde la Estación: «Adiós, adiós».

Dentro de pocos días volveré á tu lado, porque si el tío tarda en morirse le dejo.

Cuida mucho á nuestra buena madre. Hasta la vuelta.—*G.*

IX.—Queridísima Pascuala: Desde que no te veo soy muy desgraciado. El tío está hace cinco días dando las boqueadas y no sé cuándo acabará.

Para que veas que no me olvido de ti un sólo momento, pienso llevarte un recuerdo de este país. A tu mamá le he comprado unos zapatos de lona que ande fresca. Quiero demostrarle mi cariño con este modestísimo presente. Te adora tu esposo.—*Gumersindo*.

X.—Querida Pascuala: No me esperes á comer porque me ha convidado uno del gremio que ha salido concejal y le han hecho proveedor de plumas del Ayuntamiento con el carácter de incógnito. Además, ya sabes que tengo otras razones para abandonar esa casa. Hasta luego.—*G.*

XI.—Pascuala: Te escribo desde la estación. Me voy de Madrid donde la existencia me es insostenible. He vendido la tienda y me voy por el mundo.

Puesto que prefieres á tu mamá, quédate con ella. Hasta nunca.—*G.*

XII.—Señor Juez del distrito:

Me mato porque tengo suegra; era un ángel de candor mientras fui novio de su hija. Después se convirtió en mi asesino. Los dos verdugones que tengo en la rabadilla me los ha hecho con el mango de los zorros.

Para evitar nuevas desgracias, participo á V. S. que vive en la calle del Oso, 92, piso bajo.

¡Ojalá se muera!—*Gumersindo Percebeta.*

LUIS TABOADA

Por carta que acabamos de recibir del señor Calderón, fundador y propietario de esta Revista, y residente hoy en la vecina República de Panamá, en donde ha logrado establecer convenientemente su taller de fotograbado, sabemos que prepara abundante y escogido material artístico para «Páginas Ilustradas».

Tal noticia que celebramos de veras.—por que viene en apoyo de nuestro propósito manifestado en números anteriores—garantiza y ofrece á nuestros abonados, la ocasión de apreciar los esfuerzos que se hacen para tenerlos satisfechos.

Notas panameñas

3 de Noviembre.—Propónense los panameños celebrar con toda pompa—como en años anteriores—la fecha en que el antiguo departamento colombiano se constituyó en República independiente. Siete años ha flameaba aún la bandera de Colombia en la región istmeña. El país—es innegable—ha progresado á pasos gigantes, y la libertad—diosa sublime—ha salido triunfante en las luchas entabladas con obstáculos que á primera vista parecían insuperables. La paz, sobre todo, no se ha empañado un instante y ya no «mueren mil hombres por minuto» ni «reventan sesenta revoluciones por segundo».

La política del Sr. Arosemena.—La máquina gubernativa continúa funcionando tranquilamente. No ha habido cambios sustanciales, puesto que el Dr. Arosemena llega al Poder, inspirado en la misma política de concordia seguida por el señor de Obaldía y el Sr. Dn. Carlos A. Mendo-

za. El Dr. Arosemena—según declaraciones hechas por él en discurso pronunciado el día de su advenimiento al Poder—prestará eficaz apoyo á la Instrucción Pública y, durante su gobierno, la Libertad de prensa no será palabra hueca. Las energías no le han de faltar al respetable hombre público para que llegue á ver realizados los ideales de que está animado.

En Chiriquí.—El *Presidio de Chiriquí*, ó en otros términos, el *San Lucas* panameño, presenta un aspecto sombrío por el sinnúmero de presos jamaicanos que allí figuran. Cada cual tiene una historia negra como su cutis; pero todos, según ellos mismos, son inocentes, son dignos de lástima, son gentes honradas y han sido encarceladas *porque sí*, es decir, injustamente...

JUAN DE LA CRUZ

El gerente.—¿Qué le dijo el señor Pérez de la cuenta?

El cobrador.—Dijo que si yo volvía otra vez á cobrarle, me daría una paliza y me echaría por la ventana.

El gerente.—Vuelva enseguida y dígame que no me asustan sus amenazas.

ENRIQUE BENAVIDES

Su zapatería, acreditada por su excelente material y fina confección, ofrece á su numerosa clientela grandes novedades en el ramo.

Panaderías Cubanas

La Habanera

La Espiga de Oro

— DE —

José María Odio G.

En esas acreditadas panaderías obtiene el cliente buen pan y trato fino de los dependientes.

Una visita os convencerá.

AMÉRICA

(REVISTA ILUSTRADA Y ORGANO
INTERNACIONAL DE LITERATURA,
ARTES, CIENCIAS Y COMERCIO)



LAS OFICINAS DE "AMÉRICA"
EN EL EDIFICIO MÁS ALTO EN EL MUNDO

Es una publicación que debe ser leída por todos los que quieran estar al tanto del progreso humano. Sus artículos no son solamente interesantes sino esencialmente útiles. Tanto la prosa como la poesía, deben á la pluma de los mejores escritores. Su propósito es realizar la unión intelectual de todos los pueblos de habla española.

Ha sido identificado con esta empresa el Sr. Rafael de Zayas Euzkue, como Director de la revista. El Dr. Zayas es autoridad en gran variedad de materias, y su reputación como literato y pensador es universalmente conocida.

"América" merece su patrocinio. El precio regular de la suscripción es de \$4.00 oro al año, pero en la actualidad estamos haciendo una oferta especial de la suscripción anual por \$2.00 oro, que es la mitad del precio regular.

Los números sueltos pueden obtenerse en cualquiera librería, pero en caso de que la persona que provee á Vd. de periódicos no venda "América" escribanos dándonos el nombre y dirección de él, y tendremos gusto en remitir á Vd. un ejemplar gratis.

THE AMÉRICA CO.

Metropolitan Tower, New York City
E. U. A.

ENRIQUE RUNNEBAUN, Agente en Costa Rica

Bruxelas, Belgique. 26 Rue de Parme.

Señoritas Mennig

Pensión para señoritas que deseen aprender Francés, Música, Pintura, Corte, Costura, arreglo de Sombreros, etc.

DIPLOMA OFICIAL

**Altas Referencias
Precios Moderados**

HOTEL INTERNACIONAL

PUNTARENAS, C. R.

FERNANDO MAGRI, Propietario

Único Hotel de primera clase en este Puerto.
Habitaciones higiénicas, buena cocina, cantina
bien provista, hielo á discreción.
Baños de aspersión gratis para los clientes.

Esta Revista publica anuncios á precios muy moderados